

Nos lo cuenta José María García Escudero, en su *“Historia política de las dos Españas”*⁸: *“Cuando Sánchez Guerra entró en la sala donde esperaba el Consejo de Guerra que iba a juzgarle, todos, público y tribunal, defensor y fiscal, se pusieron en pie. Era un síntoma de lo que siguió; otro de tantos juicios convertido en mitin. Le echaron en cara al político que no tenía fuerza para lo que pretendía y contestó recordando ‘que en el drama sacrosanto del Calvario, la fuerza estaba al lado de Caifás y de Pilatos, y la opinión de parte de Barrabás’; pero, en su caso, Sánchez Guerra tuvo al menos de su parte al tribunal, que le absolvió. Se hace difícil concebir cómo fue posible, pero lo fue, y los procesados militares, condenados a penas leves. Fue el 25 de octubre de 1929. Presidía el Consejo el general Federico Berenguer”*. Ricardo de la Cierva⁹ apostilla finalmente: *“Desde este momento la dictadura puede considerarse condenada por la propia institución que la originó y mantuvo”*. Esta postura del Ejército frente a la Dictadura tendría su colofón final en la actitud de los mandos militares en la curiosa y suicida consulta que el originalísimo Primo de Rivera les haría más tarde, el 26 de enero de 1930, que fue la que le obligaría a presentar la dimisión.

Albacete había tenido también su parte curiosa en la conspiración. El *“alma del movimiento republicano de Albacete”*¹⁰, doctor don Arturo Cortés Ortíz, había servido de eslabón entre don Miguel Villanueva, en Madrid, y don José Moreno Galvache, en Murcia, donde se esperaba la sublevación del regimiento de Artillería. Las noticias de esta colaboración albaceteña en la conjura se encuentran en el diario albaceteño *“Hoy”*, del 14 de abril de 1932, donde se publican un artículo del general Queipo de Llano, con el título de *“Incidentes de la Revolución”*, y una entrevista concedida por el entonces gobernador civil de Albacete don Arturo Cortés al escritor don José S. Serna.

La misión que los dirigentes revolucionarios habían dado a los conspiradores republicanos de Albacete era la de organizar el viaje clandestino de don Gonzalo Queipo de Llano a Murcia, para ponerse allí al frente de la rebelión de los artilleros. Pero todo tenía que llevarse con el máximo secreto, para que nadie se enterara de la presencia del general

8. (Madrid, 1975, tomo 2, p. 829).

9. CIERVA, Ricardo de la: *“España 1930-1976: La historia se confiesa”*. (Madrid, Planeta, tomo I, págs. 71-73).

10. Así se le califica en el diario albaceteño *“Hoy”*, del 14 de abril de 1932.